

La otra luz

Simón Murillo Melo²⁶

DOI: 10.24142/indis.v6n12a7

Recibido: 30 de octubre de 2020 – Aprobado: 30 de noviembre de 2020 – Publicado: abril 5 de 2021

1.

En el enjambre de Byung-chul Han es una sombría reflexión sobre el tiempo, la sociedad, la vigilancia y, especialmente, las cámaras. Reproduciendo la imagen que Roland Barthes reproduce en *Cámara lúcida*, Han construye sobre las luces y sombras en la fotografía de la madre muerta del filósofo:

“The image and its original are “both affected by the same amorous or funereal immobility, at the heart of the moving world: they are glued together, limb by limb, like the condemned man and the corpse in certain tortures; or even like those pairs of fish ... which navigate in convoy, as though united by an eternal coitus”.

26 Estudiante del pregrado de Periodismo de la Universidad de Antioquia.
Correo: simon.murillom@udea.edu.co

No sé si entiendo bien ese misterioso “o” que separa la inmovilidad funeraria de la amorosa. ¿Es una equivalencia, el sueño romántico compartido con el olor a gladiolo? ¿O es la luz del amor la que permite las sombras de la muerte y las sombras de la muerte las que permiten la luz del amor? La mano izquierda de la oscuridad que nos hace y nos mata una y otra vez.

Pero en el siglo XXI el claroscuro de la fotografía de ayer es reemplazado por la hiperrealidad pornográfica del detalle. Como en esas pinturas de Richard Estes en las que la luz parece desbordar la pintura y la insoportable realidad —más nítida que la nuestra— fuese a asaltar al espectador. Estes pinta intersecciones celebres de Nueva York, escenas pueriles de restaurantes y calles, el brillo de los carros en el sol de la tarde. Es una especie de bodegón de la industrialización: coca-colas por patatas, luces por sombras.

Esa es otra forma de mirar la sociedad de las cámaras: luces por sombras. Nunca ha habido tanta gente encarcelada como hoy. Ni las civilizaciones esclavistas se compararon con nuestro planeta de alambre enrejado. Nunca ha habido ciudades tan seguras, nunca ha sido tan difícil escapar de cámaras de vigilancia en las esquinas, de softwares de vigilancia en nuestros celulares, computadores y amigos, nunca ha habido tanta luz.

Y plástico, miles de millones de millones de microplásticos sobre el planeta, debajo de los mares, en el registro geológico, debajo de nuestra piel, en nuestro intestino y en las proteínas de nuestro ADN. Cincuenta años después de subir a la luna, nos ahogamos en la basura. El mundo es un infierno, un planeta atrapado en la zozobra de un presente permanente, una constante precarización, la soledad absoluta de nuestra animalidad convertida en una sucesión de impulsos en el celular.

2.

Este año, que ya no es “este”, el año de la peste, sino otro que es el mismo, jugué ajedrez en línea y viaje por Google Maps. Ambos son fenómenos diferentes, pero Han podría asociarlos fácilmente en uno solo, o si sus exigencias editoriales son particularmente exigentes esa semana, dedicarles dos libros. El primero refiere a un contacto anónimo e inmediato que no sobrepasa los seis minutos máximos que el reloj nos concede. El segundo, que no es fenómeno sino silencio y misteriosos brillos digitales a mitad de la noche, es ilimitado y contenido a una serie de carreteras, a un carro y a una cámara.

En el ajedrez el otro no existe. El mejor ajedrecista del mundo, una computadora, no piensa en la mente de su enemigo sino en la precisión inamovible de millones de movimientos condensados en un peón e4. Cuando juego en internet no sé nada de mis adversarios. Hay un nombre y una bandera: Estados Unidos, Ucrania, Irán, Nigeria. Muchas veces ni siquiera una foto de perfil. Pero en algunos puedo sentir la rareza de un movimiento, el temblor de una apertura dudosa, la belleza de un buen jugador. Pero no permanecen mucho tiempo. Después de ellos seguirán otros.

En Google Maps a veces hay gente. He recorrido barrios en Estados Unidos y ciudades de Asia central; capitales europeas y poblados remotos en Brasil. En algunos sitios es posible recorrer decenas de cuadras sin ver un solo rostro o el registro de que los seres humanos son una especie que necesita el sol. Las casas se suceden listas para ser fotografiadas, los postes de luz y la regularidad de las calles van marcando el compás.

Pero cuando por fin aparecen los seres humanos lo hacen como sombras. El algoritmo elimina los rostros y los convierte en un borrón sobre una camiseta roja. Y como los recorridos del carro de Google son invariablemente con buena luz, Maps crea un mundo habitado por fantasmas iluminados por la luz de la tarde. No es universal. Carreteras secundarias, países remotos o violentos, zonas gubernamentales y fincas privadas se libran de las cámaras. En algunos países, como la Alemania de Han, varios edificios desaparecen a petición de sus propietarios.

Maps es una buena ilustración de la teoría “hantiana”. Un juego rico en detalles y con amplio movimiento, pero que no necesita el más mínimo esfuerzo del jugador. Un mundo de fantasmas y el colectivo anónimo de la tecnología, los algoritmos y los datos que van conduciendo por nuevas avenidas a un carro espectral. También hay belleza: un perro en la terraza de una casa en Bogotá iluminado por el sol, el mar de Cartagena como una bella lápida.

Es nuestro mundo. Y el mundo es, para cientos de años de revolucionarios, un futuro constante. Un futuro que ya no existe en la minucia del detalle, la certeza inamovible del mundo fotográfico.

Han no se preocupa o considera imposible, la pregunta por el futuro. No estoy de acuerdo. Creo que la pregunta que pesa sobre todos los seres humanos hoy es cómo sobrevivir, cómo liberar al planeta de sus cárceles, a los cielos de los drones.

Sin embargo, no sé cómo hacer nada de eso. No sé qué preguntas hacer para debilitar a Raytheon y a Lockheed Martin. No quiero escribir panfletos sobre el valor de la vida para un mundo que la considera un dato.

Hace dos años, Greta Thunberg dio un discurso en las Naciones Unidas en el que acusó a la clase política y empresarial del mundo: “Mi mensaje es que los estaremos vigilando. Todo esto está mal. No debería estar aquí. Debería de estar en el colegio al otro lado del océano. Y aún vienen ustedes a la gente joven por esperanza. ¡Cómo se atreven!”

Thunberg estuvo buena parte de su adolescencia tan deprimida que no pudo levantarse de la cama. En su mensaje no hay cuentos sobre las posibilidades de la juventud o el futuro rosado de la humanidad. La fuerza de su figura y de su mensaje viene de la desesperación, de la rabia, de la tristeza que casi se la traga y que ahora es la única pregunta posible: ¿Cómo se atreven?